# Una breve defensa

Jaime Mascaró Florit

Cuadernos de Pedagogía Nº 235

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

# UNA BREVE DEFENSA

*Jaime Mascaró Florit*

*Director de ediciones de la Editorial Santillana y*
*master en Sociología de la Educación (Universidad de Londres).*

***Los libros de texto constituyen un recurso didáctico que depende fundamentalmente de los profesores y profesoras que los utilizan. Tras realizar algunas diferencias elementales entre niveles y materias, se indican las ventajas, las características del tipo de información y el potencial que tiene como factor de modernización el sistema educativo.***

## Libros de texto, material escolar y materiales curriculares

El agua del mar, advertía un libro de texto francés a finales del siglo pasado, es buena para la salud siempre que no se permanezca en ella más de cinco o diez minutos. La anécdota, al sorprendernos con la extrañeza que genera el distanciamiento histórico, ayuda a plantear una cuestión fundamental: cuando hablamos del libro de texto, ¿de qué estamos hablando?

Por lo pronto, sería quizás esclarecedor para el debate realizar algunas distinciones elementales. Distinguir, por ejemplo, entre niveles –no es lo mismo un libro de Primaria que uno de Bachillerato–; entre materias –habría que considerar la especificidad de sus formas de conocimiento y expresión–; incluso entre países, porque hay tradiciones culturales y escolares que marcan claramente el perfil de los textos, como lo revela una superficial comparación entre, pongamos por caso, manuales ingleses, franceses y alemanes.

Tomemos como ejemplo la diferencia entre niveles. Un libro de los primeros cursos suele ser un programa de actividades destinado a construir gradualmente un sistema de capacidades básicas: aquellas que dan autonomía para acceder al conocimiento; en los cursos superiores, en cambio, suele importar más la exposición clara de información rigurosa y actual.

Son, ciertamente, distinciones muy elementales, pero necesarias, porque el discurso habitual no las tiene en cuenta. Un discurso apriorístico, genérico, sin matices, sin referencias históricas ni comparadas, sin fundamento en la investigación empírica. Por ejemplo, el alegato groseramente determinista que considera el libro de texto como simple expresión de los valores y los intereses hegemónicos en la sociedad, como un mero instrumento para la reproducción y la legitimación de la cultura dominante. Por ejemplo, la candorosa prédica ginebrina, en sus versiones rousseauniana o piagetiana, que deplora los obstáculos que el libro de texto, depositario de un conocimiento ya elaborado, opone a la auténtica búsqueda, la exploración y el descubrimiento del saber. Incluso la versión más moderna: los textos no tienen en cuenta las experiencias y conocimientos previos de los alumnos, y fomentan además la absorción pasiva de hechos y conceptos frente a la construcción activa de significados. Y, en fin, la variante más rezagada: el libro de texto favorece la memorización y la simple repetición, excluye los temas conflictivos, descarta las interpretaciones divergentes, ofrece conocimientos obsoletos, etcétera, etcétera. (Al menos esta última crítica, anclada en el pasado, provoca la ternura que suscita encontrarse con recuerdos y vivencias de la infancia: los textos de nuestra lejana escuela.)

Convendría también preguntarse por un hecho que ocultan cuidadosamente los críticos: la extraña universalidad del fenómeno en el tiempo y en el espacio.

- *En el tiempo*. No es fácil determinar cuándo empieza el libro de texto. De hecho, habría que matizar la distinción entre libro escolar y libro de texto. Libros escolares son, por ejemplo, *De la urbanidad en las maneras de los niños*, de Erasmo; o los *Diálogos*, de Luis Vives. Libros de texto son: curiosamente, *la Summa Teológica*, de Santo Tomás; o la *Fenomenología del espíritu*, de Hegel. Pero aceptemos que el libro de texto nace con la imprenta y se desarrolla en el siglo XVI con los catecismos y las cartillas. Desde entonces ha habido múltiples reformas, cruentas revoluciones. Se han puesto en cuestión todos los fundamentos del sistema educativo, se han abolido incluso en algún lugar elementos tan determinantes del mismo como los exámenes: en la Rusia soviética, en 1918. Pero el libro de texto sigue, Habría que preguntarse por qué.
- *En el espacio*. Es difícil, al menos para este redactor, nombrar un solo país en el mundo, y son casi dos centenares, en el que no se utilicen los libros de texto. Pero es fácil citar algunos donde su uso es obligatorio por ley en todas las materias de la educación obligatoria; por ejemplo, Japón.

Habría que preguntar a los usuarios, a los profesores y profesoras, el porqué de su insistencia en considerar al libro de texto como un instrumento crucial en la enseñanza.

## Algunas ventajas

¿Cuáles son entonces, desde mi perspectiva, las ventajas que ofrecen los libros de texto? Pienso que se pueden distinguir dos fundamentales y que ambas tienen que ver con la naturaleza de la información que los textos transmiten. Primera: la información es pública, explícita y, por lo tanto, criticable. Segunda: la información es sistemática, es decir, organizada y gradual, y por tanto contribuye, por una parte, a desarrollar marcos de referencia claros y, por otra, a proporcionar una idea precisa del proceso y las etapas del aprendizaje. Infor*mación* se toma aquí en el sentido actual del término y abarca, por tanto, "I) la información descriptiva (o teórica, los datos, el saber qué); 2) la información práctica (o técnica, las instrucciones, las habilidades, el *know-how*); 3) la información valorativa (o evaluativa, las preferencias, los valores, las metas, las actitudes ...)" (J. Mosterín).

### *Información pública*

Un principio central de la calidad en la educación es formular con la mayor claridad posible sus objetivos y contenidos. La claridad fomenta la eficacia, facilita una evaluación adecuada del sistema y hace posible el requisito democrático fundamental que los anglosajones llaman *accountability*: dar cuenta a las instituciones y grupos sociales, y en especial a los padres de los alumnos y alumnas, de las propuestas, los resultados y el funcionamiento de los centros educativos.

Este principio de claridad orienta, por ejemplo, la reformulación de los programas que se ha llevado a cabo en Inglaterra y Gales como consecuencia del Informe Dearing, se expresa en alguna de las propuestas básicas de la Reforma Bayrou en Francia y, sobre todo, inspira en Estados Unidos el poderoso movimiento para lograr estándares nacionales, reforzado por la *Goa1s 2000. Educate America Act*.

Desde este perspectiva, tal vez el libro de texto cobre un nuevo interés.

Este material hace explícitos los principios que inspiran su concepto de la educación: expresa con gran claridad qué modelos propone; qué capacidades fomenta; qué conocimiento considera valioso, legítimo y digno de ser adquirido; delimita con gran precisión qué se incluye y qué se excluye. Y lo hace de una forma pública y, por ello, abierta al escrutinio. Así, sus propuestas pueden ser evaluadas y criticadas, introduciendo con su transparencia un poderoso factor de racionalidad en el debate de las alternativas educativas. Los padres, los profesores, los administradores, los alumnos y alumnas saben a qué atenerse.

Claro, preciso y explícito, el libro de texto cobra un valor especial cuando el currículo que se propone, con independencia de sus muchos aspectos positivos como la apertura a los contextos locales y a la diferencia, introduce también espacios opacos que diluyen la visibilidad de las intenciones educativas.

### *Información sistemática*

El tipo específico de información que el libro de texto propone se caracteriza por dos notas fundamentales: es sistemática y gradual.

– *Sistemática*. El libro de texto proporciona las claves esenciales para llegar a dominar una materia, el saber y el saber hacer que la caracterizan. La forma de acceso a este saber es la exposición, que se realiza, básicamente, siguiendo los principios que organizan internamente cada materia. Así, gradualmente, nivel a nivel, por mecanismos que desconocemos, el orden lógico, el orden lingüístico, se traduce en esquemas de pensamiento.

Esta función parece especialmente relevante hoy, en un contexto cultural dominado por los medios de comunicación y, en concreto, por la centralidad de la televisión en la vida de los escolares; a saber, por la recepción masiva de información fragmentada, que llega de forma dispersa y se despliega a un ritmo vertiginoso. El libro de texto contribuye a formar esquemas integradores precisos, marcos de referencia claros en los que la información desordenada de los medios encuentra su lugar y su sentido.

– *Información, también graduada*. Es decir, desarrollada paso a paso y prestando especial atención a los prerrequisitos de cada aprendizaje concreto: la especificación cuidadosa de qué conocimientos se deben adquirir antes, ya que son necesarios para el acceso a otros después. Este orden en el tiempo tiene una importancia notable, porque proporciona referencias precisas en la progresión hacia el dominio del saber. El libro de texto, ha escrito Basil Bernstein, socializa en el orden. La frase conlleva toda la ambigüedad de un autor que ha explorado con extraordinaria lucidez los mecanismos de control que se hacen explícitos en las

pedagogías visibles y se ocultan en las pedagogías invisibles. Pero, ciertamente, el libro de texto socializa en el orden también en este sentido: establece el terreno que se debe cubrir e informa a cada instante del sentido de la marcha, los territorios dominados y los espacios por conquistar.

Hoy ha llegado a ser un lugar común la importancia que tiene en el éxito escolar "proporcionar al alumno información sobre el momento de aprendizaje en que se encuentra", para decirlo con palabras del ya lejano DCB. Es difícil pensar en un instrumento capaz de cumplir este requisito con mayor eficacia que el libro de texto.

## Un factor de modernización

Estas son, desde mi punto de vista, algunas de las razones de la utilidad y conveniencia de los libros de texto. Pero no podría cerrar mi intervención en el debate –aunque sea tan peculiar como éste, en el que los participantes desconocemos los argumentos concretos que expondrá nuestro interlocutor– sin hacer al menos una referencia al potencial que tienen como factores de modernización del sistema educativo.

Hace 150 años, en 1845, el Plan Pidal estableció la obligatoriedad de los libros de texto en nuestro país y lo hizo por una razón fundamental: introducir en los anquilosados centros educativos de la época los avances de la ciencia moderna. El libro de texto se consideraba ya entonces un instrumento crucial para la mejora de la educación. Y éste es un papel central que puede seguir desempeñando en la actualidad; más aún, hoy puede hacerlo con mayor claridad y eficacia.

En primer lugar, porque empieza a ser habitual que los textos incorporen los enfoques más actuales, la investigación más reciente en muchas materias. Ello es debido en gran medida a que cada vez es mayor el número de profesores muy cualificados de la Universidad y de Enseñanzas Medias que se incorporan a la edición como autores. En segundo lugar, porque los textos prestan cada vez más atención al desarrollo de capacidades tan fundamentales como el pensamiento crítico, la solución de problemas y la exploración creativa; es ya usual en todos los niveles la incorporación de numerosos elementos didácticos diseñados para avanzar en esta dirección. Y, finalmente, porque hay cada vez más profesores en las universidades de los países centrales que dedican sus esfuerzos a la mejora de los libros de texto, poniendo al servicio de los mismos lo mejor de la investigación. Lo mejor: los avances en las teorías de la instrucción, desde Reigeluth a David Merrill; los desarrollos en lingüística sobre tipologías textuales y en especial sobre el texto expositivo; las perspectivas que abren las nuevas tecnologías de la información. Un esfuerzo que se aprecia en libros como *Instructional Theories in Action*. *The Technology of Text* o en el más reciente *Learning from Textbooks*. Y una actitud que, por fortuna, comienza a percibiese con claridad también en algunas universidades de nuestro país.

Es cierto, en todo caso, que los libros de texto, como toda creación cultural, están expuestos a la crítica justificable. Es cierto que son un producto condicionado por el mercado, sometido a controles políticos, elaborado bajo presiones constantes, afectado por notables limitaciones internas Y es cierto, sobre todo, que no cubren en absoluto todo el campo de la educación. Ésta tiene componentes fundamentales de exploración sin fronteras, de avance por terrenos aún no delimitados, de incursiones en el propio interior para sondear nuestros límites y posibilidades.

Los libros de texto no dejan de ser un recurso didáctico entre otros muchos. Y un recurso cuya eficacia, cuyos efectos, dependen fundamentalmente, de los profesores y profesoras que los utilizan. De la lectura y la interpretación que ellos hacen. Pero tal vez los críticos les dan demasiada importancia.